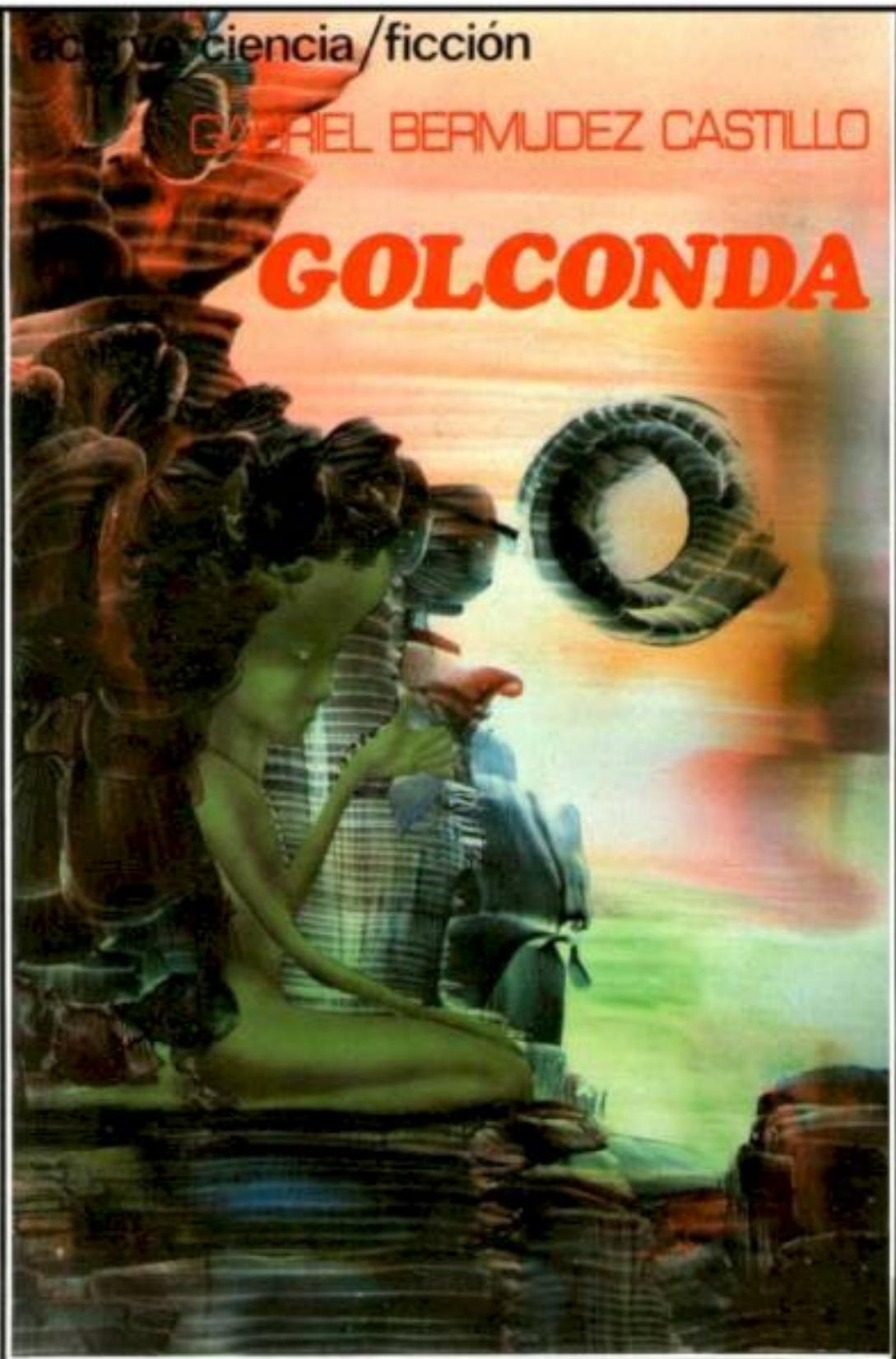


admirable ciencia / ficción

GABRIEL BERMUDEZ CASTILLO

GOLCONDA



Cuando un ser humano sufre una transformación que le cambia totalmente, tanto en lo físico como en lo mental, no se pueden esperar de él las mismas reacciones que motivan o mueven a los demás seres humanos. Esto es lo que le sucedió a Víctor Lanyard y a un grupo de amigos suyos después de su encuentro con el profesor de biología, Taberner.

Todo ello sucedía en uno de los planetas situados en los confines del imperio galáctico, el planeta denominado Golconda, así llamado por ser un verdadero emporium mineral, con todas las riquezas de metales, no metales, piedras preciosas y otras acumuladas en un solo lugar celeste. Tal planeta formaba parte de una confederación que unía varios planetas más bajo la férula de un emperador que vivía en la Tierra.

Es ciertamente cómico que la desgracia provenga en este mundo, tantas veces, de hombres bajitos. Son mucho más enérgicos e intratables que los altos. He procurado siempre no verme obligado a formar parte de compañías que tuviesen un capitán de escasa estatura. En general, son seres de cuidado.

ERICH MARIA REMARQUE
Sin novedad en el frente

1. RAMERAS EN LA UNIVERSIDAD

Os digo que el que yo viera a Judalong y me cayera bien desde el principio no ha tenido nada que ver con todo esto. Las cosas pasaron como tenían que pasar, y aunque no me hubiera conocido a mí, habrían pasado lo mismo. Que sí, que de acuerdo, gente. Me gustó desde que la vi. Y por eso me acerqué a ella... No digáis tonterías; porque alguno que ahora está abriendo mucho la boca y hablando de más, hubiera pagado a gusto por dormir con ella, como hice yo. ¡Ah! ¿Es que no lo sabíais? Pues así fue... y una noche entera, nada menos.

Estate quieto, porque no estoy metiéndome las manos en el bolsillo para sacar la navaja, sino un porro. No; no tengo más, pero os daré un par de chupadas. Bueno; lo contaré todo... la verdad es que esta noche no tenemos nada que hacer. Hemos cenado bien; hemos vendido la mercancía, y tenemos unos cuantos créditos para gastar mañana. Aún quedan unos dedos de coñac en la botella, y lo único que siento es tener un solo petardo, pero el puerco de Whitman no tenía más. Y le creo, porque entre el pequeño y yo le pusimos las filosas al cuello, y juró por sus muertos que ni uno más, palabra de honor, que me maten si no es verdad.

A ella la vi por primera vez cuando el autobús la dejó en la entrada de la Universidad. Andaba yo por allí aluspiando por todas partes, para ver qué saltaba, porque donde menos se piensa, sale el asunto, cuando la vi descargando las maletas en el arco de entrada. Llevaba sólo dos; una grande y la otra pequeña; las dos de piel roja, muy nuevecitas,

sin estrenar... Me empecé a cantar para allá, después de guipar por las cercanías y darme cuenta de que ningún cera me estaba colocando. Las maletas eran nuevas, demonio, y de lejos sólo se guipaba una chica rubia como otras mil. Pero de cerca... ¡ah, de cerca, muchachos! Un sueño. ¡Que te calles besugo! ¡Las habrás visto tú mejores! ¿Dónde, animal?

Era una chava fenomenal. Fijaos; el pelo rubio y muy espeso, algo amontonado sobre la frente, como si llevase un gran postizo o cosa de ésas que las mujeres llevan metido debajo. Los ojos muy negros, y mirando fijamente al frente, a los edificios de la Universidad, mismamente como si tuviera miedo a lo que se le venía encima. Pero con estilo, con clase, queridos colegas. Todo su cuerpo decía: «No vas a poder tú más que yo, diablos». Tal vez no con esas palabras, porque era demasiado fina para hablar así (y tú no te rías, carasucia, o te hincho un ojo), sino que eso era lo que estaba pensando, ¿entendéis?

Al principio yo había pensado chorrarle una de las maletas (las dos era mucho pedir, ¿no, colegas?) y salir de naja con ella. El rosero no hubiera dado mucho por lápices de morro y ropa interior, y cuatro frascos de colonia, que no creo yo que ella llevase otra cosa guardada; pero más vale un crédito que un viento soplando. Después, cuando estuve cerca de ella... en fin, eso no lo sabéis vosotros, que sois unos animales... Hay veces que una persona, a primera vista, te cae bien, ¿no es así? Pues eso es lo que me sucedió con Judalong. Me cayó muy simpática desde el principio, y en seguida se me olvidó lo de las maletas... Pero os explicaré cómo era.

Ya os he dicho que tenía el pelo rubio, como hinchado sobre la frente, y que se le abría en una especie de huecos donde había un pelo de un color más rubio. No era muy alta, no; e incluso algunos hubieran dicho que estaba un poco llenita. Yo sé que eso son tonterías, lo que pasa es que tenía abundancia de hermosura. Ya te he dicho, hijo de...

Mira; no quiero decirte eso. Pero te he dicho, pedazo de guarro, que como te rías te partiré el hocico. Y sabes perfectamente que no hablo en broma.

Vestía un traje de ésos de cuero con pantalones anchos, cosa que me supo mal, porque me hubiera gustado mucho verle las piernas. Luego tuve ocasión de comprobar que valían la pena: eran largas, sin ser como esos mondadientes que algunas se creen que son el colmo de lo bonito. Sí, eso mismo digo yo, las mujeres tienen que tener carne, todo lo demás son tonterías. Pero aunque yo lo diga, lo hago mucho más finamente que tú, que parece que se te salen los ojos de la cara cuando hablas de eso. Y no es porque seas mayor que yo, ni mucho menos. Soy capaz de arrastrarte por toda la ciudad; lo sabes.

Tenía las manos un poco cortas, con las uñas pintadas de verde oscuro, de ese fluorescente; las cejas negras, muy pobladas, que casi se unían en mitad de la frente. Y una boca verdaderamente bonita, roja, con el labio inferior corto y bastante grueso... Cosa rica. Ya os digo, colegas. Me gustó mucho; como os hubiera gustado a vosotros. Se la veía indefensa y, al mismo tiempo, se notaba que estaba dispuesta a luchar, a no dejarse dominar.

—Buenos días —le dije—. ¿Te llevo las maletas?

Me miró, y había algo de burla en sus ojos. Burla buena, no malintencionada. Creo que el verme y el oírme hablar le sirvió para relajarse un poco.

—No eres muy alto —contestó, sonriendo—. ¿Vas a poder con ellas?

Sabéis que me molesta que me echen en cara mi poca estatura. Alguno hay que se ha tragado un buen pedazo de churi por llamarme enano. Pero en ella no me molestó. Era una buena chica; se notaba.

—Bueno —contesté—. Si no puedo con las dos, te llevo una. La pequeña, si te parece... ¿Hacen dos créditos?

Ni a mis batos les hubiera mirado a la cara por esa porquería de dinero, pero por ir con ella valía la pena fingir

que cobraba poco. Se echó a reír, cogió la maleta grande y comenzó a caminar hacia la residencia de estudiantes, mientras yo cargaba con la pequeña. La verdad es que no pesaba nada.

Bueno, amigos. Durante unos cuantos minutos anduvimos los dos, uno al lado del otro, como dos viejos colegas, sin decir ni pío. Ella caminaba con flexibilidad, como los tigres o los leopardos que salen en las películas, y movía la cintura que era un gozo verla. Nos cruzamos con algunos estudiantes, hombres o mujeres, de los cursos superiores, y un par de ellos silbaron al verla, pero sin decirle nada. Verdaderamente, yo no lo hubiera consentido, a pesar de que todos ellos me pasaban un palmo, dos palmos, o más... Sabían quién soy, y no querían líos conmigo.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Judalong —contestó. Tenía la voz bonita, muy profunda, y algo ronca. A veces podía pensarse que casi era como la de los que beben o fuman demasiado. Pero en ella estaba bien—. ¿Y tú? —dijo, mirándome a los ojos.

Se lo expliqué, pero no le dije lo que hacía por allí. Luego seguimos andando por el campus hacia la residencia, pisando la hierba, y cortando por las plazoletas y por los macizos de flores. Pasó algún cátedro, vestido con esas largas batas negras y el sombrero cuadrado en la cabeza; me echó una mirada de disgusto, pero tampoco se atrevió a decirme nada. Claro que si me hubieran dicho algo, en vez de contestar como esos vejstorios se merecen, me hubiera ido, aunque solamente fuera por no perjudicar a Judalong.

Estábamos llegando a la residencia, cuando vi que se acercaba uno de los ceras, muy orondo con su uniforme de color verde, y su pistola al cinto, mirando muy chulo bajo la gorra de plato. A éste yo no lo mordía, pero eso no me preocupó ahora; iba acompañando a Judalong y le llevaba la maleta; de manera que no era fácil que el cera se metiese conmigo. Pues, nada, queridos hermanos, me colé de medio a medio. Ya digo que no le había visto nunca; era

nuevo, y tampoco podía haberme guipado, ni saber quién era yo. De manera que el muy tieso se sintió superior y quiso limpiar el patio de la Universidad.

—Lárgate de aquí —me dijo, parándose delante de nosotros—. Ya sabes que no pueden entrar los piojosos como tú.

Pensé que Judalong podía querer contestar, y por si eso le endiñaba algún perjuicio, solté la maleta, tiré de la churi y la abrí. El cera abrió unos ojos como platos cuando se encontró con más de un palmo de filosa, bien brillante y aguzada, a dos dedos de la barriga.

—No sé por qué te has enamorado de mí, tío mal parido —le dije—, pero si quieres ir por la brava, iremos por la brava... de manera que, a ver.

Venía otro cera, más viejo, ése que le llamamos «el Capón» corriendo por entre las palmeras y los monumentos ésos de metal brillante. Sólo me dio tiempo de ver que la pobre Judalong se había quedado de una pieza, como helada, cosa natural... porque yo había sido tan cortés y fino con ella, que no podía suponer que me tomase las cosas así con un maldito cera sólo porque me gruñía un poco.

El cera viejo, «el Capón», estaba hablándole al otro, y debía estar diciéndole que no se confundiese, y que no creyera que por verme tan pequeño iba a quedarse conmigo. Yo creo que «el Capón» se acordaba de cuando pelamos entre tres o cuatro al doble por haber cerrado las verjas de los cobertizos. Tú no sabes esa historia, Terror de los Mares, pero es buena, y otro día te la contaré. De manera que el cera viejo acabó llevándose al otro, y aún le oí resollarle en voz baja:

—Más te vale no meterte con éstos. Lo que tú quieras... los denuncias, los coges, y los meten una quincena dentro. Pero mientras ése que tienes ahí esté dentro, sus amigos te desuellan vivo, y no lo cuentas. Y como él está a la sombra, no hay pruebas, ¿entiendes?

La pobrecita Judalong, muy pálida, estaba mirándome con una expresión que demostraba que no le gustaba haber metido sus ahorros en este negocio. La infeliz no sabía aún lo que era la Universidad, y la buena suerte que había tenido cayéndole bien, así de pronto, a uno como yo. Estas chavas son unas tontitas, aunque estudien mucho y sepan la caraba de cosas... Bueno; resultó que el que no sabía un par de cosas de la buena de Judalong era yo... pero eso viene luego.

De manera, queridos colegas, que el cera nuevo y el viejo se largaron los dos, arrastrando los gemelos por el barro, y yo me quedé solo con la ja.

—¿Es verdad eso que han dicho? —preguntó, mirándome muy fijo.

Mirad, estábamos en una rotonda a poca distancia de la residencia donde iba a vivir ella. Había bastantes árboles, arena en el suelo, un banco de éstos de piedra y una estatua de hierro, de níquel, o de cualquiera sabe qué, que representaba algo como un colmillo de elefante apuntando para arriba. ¿Una nave espacial? ¡No sabes tú nada, Mano Roja! Pues yo hubiera dicho que, por el tamaño, parecía un colmillo de elefante o algo así... sólo que en fin... tu estudiaste un año en colegio de pago, y yo no. Pásame un par de dedos de ese coñac y, si os apetece más, esperábamos las burdas del almacén que fichamos el sábado y nos traemos una buena provisión. En fin, compañeros, que yo dudaba y dudaba... y me senté en el banco, balanceando las piernas adelante y atrás, y pasé el dedo por el filo de la churi, y ella puso tan mala cara que la guardé. Y como no quería asustarla más, pues le contesté:

—Todo eso es mentira, Judalong. Ese tío era un mentiroso y un cerdo. Te juro que en mi vida he hecho un mal chirlo a nadie...

¡Lo que son las mujeres, chicos! Yo me creo ahora que si le digo que sí, que me he cargado a un par y que puedo apuntarme en el libro unas cuantas cosas más, la tía no se

lo traga y piensa que estoy presumiendo. Pero como le dije que no y puse una carita así como de muy bueno, tal como la pone el rasibel de la Universidad cuando predica los domingos y les dice a todos lo cerdos que son y que no deben perseguir a las chicas ni beber como astronautas, y que arriba les espera un premio si en esta vida se aburren como mulas... Bueno, pues como puse esa cara, pensó lo contrario y se asustó más aún... o no se asustó, por lo menos por fuera. Majos, le veía los pensamientos pasarle por la cabeza, como los peces en una pecera; así de claros. Primero pensó que lo mejor era largarse; pero eso se le fue pronto, parte por miedo y parte porque todas las mujeres quieren volverte bueno. ¿Qué tendré yo en los ojos, amigos? De manera que se sentó en el banco de piedra a mi lado y me dijo que si necesitaba dinero que no era preciso que hiciera nada malo, ni tampoco llevar maletas por dos créditos, y que ella había recibido una herencia, y me ayudaría a transformarme en un hombre de bien. Palabra de hampón que si no hubiera sido ella, le marco la filisa de un navajazo y tiene recuerdo para toda la vida. Pero Judalong me había caído bien, vaya, y todos sabéis cómo soy. Le abro la barriga al primero, pero si alguien me cae bien, ya puede hacerme lo que sea, que hasta le aguanto el sermón y el curripén de palabras que me echó para tratar de convertirme al pasmo y al aburrimiento.

—Bueno, calla ya —dije—. No necesito dinero... Mira.

Llevaba un puñado de borregas en el bolsillo, de las que quedaron cuando reventamos la maría en la tienda de trajes espaciales. Ver ella el brillo del oro y quedarse más turulata que antes, todo fue uno.

—Entonces... ¿por qué... por qué? Si no te hacían falta los dos créditos...

—Me caes bien —contesté, y no supe decir nada más.

Igual me puse colorado y todo; idiota que es uno cuando le entra una mujer por los diquindois. Y ellas se dan cuenta, vaya si se dan cuenta. Pero Judalong era bastante

lista, de manera que no insistió en toda la matraca de la vida social y la sociedad y la honradez y esas cosas, sino que me dijo sencillamente que iba a vivir en la residencia vieja, de lo cual me alegré, porque me conozco todos los conductos de aire acondicionado y todos los pasadizos, y podría ir a verla o espiarla, por la noche o incluso de día. También me dijo en qué facultad iba a estudiar, y era ese edificio que le llamamos «el cementerio» porque tiene doble techo y hay ratas muertas en cantidubi, y además hemos escondido allí la bolsita de luces que le sacamos al viajante... y allí estará todavía. Y eso me alegró, porque algunas veces me he metido por el doble techo para esconderme, no de los ceras, que éstos no me dan ningún miedo, sino de la bafia de verdad, que ya sabéis que no anda con bromas y no respeta nada. A tu hermano, Mano Roja, lo cosieron a balazos cuando asaltamos aquel stadium, ¿no? ¡Pues eso! Y podía seguirla en las clases.

Que sí, chicos, que estaba completamente embolicado con Judalong... no os diré lo contrario. Pues me dijo eso, y que fuera a buscarla si la necesitaba. Y yo, que me conozco como van las cosas en esta puerca Universidad y en ésta no menos puerca ciudad, pensé: «Sí, sí, guapa. Más me vas a necesitar tú a mí». Y eso que aún no lo sabía todo sobre ella.

—Vamos, adelante —le dije—. Te dejo las maletas en la puerta.

Me contestó que no. Aunque no quería, por verme desastrado y sucio, se las llevé, prometiéndome por dentro que cuando saliera con ella me preocuparía más de ir un poco limpio, dentro de lo posible. Así que me marché, sin atreverme a pedirle ni un cochino beso y sin hacer caso de la bruja con bigotes que había en la puerta, que la separó de mi lado como si estuviera salvándola de un gorila... Me volví para acá, dándome un garbeo, y de paso puse un par de pericos en dos tiendas cerradas que me encontré: ya sabéis cuáles, porque las dejamos limpias las dos. Dame un

cigarro, Corazón Sangriento, y dejadme respirar un poco. Lástima que no tengamos otro porro para darle la vuelta.

Sabía perfectamente que era preciso hacerle una visita al profesor Taberner; pero todavía faltaban un par de semanas para la hora de tomar la píldora.

Sí, no te preocupes, Terror de los Mares. Las tengo aquí. Hay para todos y aún sobrarán un par. Ha dicho que las tomemos a las doce en punto; que para el año que viene cree que tendrá algo nuevo. De manera que sigamos hablando, mientras llega la hora.

Paseé por la zona del astropuerto, mirando todo lo que hay por allí, porque como sabéis, colegas, siempre es bueno el saber cosas y el verlo todo. Cada vez hay más teatros, bares y casas de buen vivir (nunca he entendido por qué las llaman los predicadores de mal vivir, si la gente dice que lo pasa tan bien en ellas...). No os riáis, machos, que era sólo un chiste malo. Conté cerca de cien bares, a cual más lujoso, más lleno de luces, de tías con poca ropa y con unas cuantas lentejuelas aquí y allá, y con docenas de pilotos y estudiantes borrachos perdidos... Como de costumbre, a mí no me hacía caso nadie. ¡Soy tan poca cosa! En uno de los callejones se me acercó un vejete repintado y con una pinta de pajubique de la peor clase, buscando un embarque barato, que no me explico cómo no se fundían las bombillas sólo de alumbrarlo. El tío llevaba un sombrero de copa gacho, de color negro, pestañas de a metro, calcos con tacones de un palmo, y unas ganas de parchear a un muchacho joven que se le pintaban en la cara.

—¿Solito? —me dice.

—¿A ti qué te importa? —le contesto.

Imaginaos eso; iba yo aún enchochado con mi Judalong y me sale un tío tabla como éste queriendo llevarse a la era. Demencial, amigos. Me eché un poco para atrás, poniendo la mano en la filosa por si las cosas terciaban mal,

aunque con estos estetas sabéis que no hay más que dar un buen berrido y salen corriendo como chusquel al que le atizas con una estaca. Pero el tío debía de tener muchas ganas, porque quiso echarme la mano por encima. Empecé a sacar la churi y me eché para atrás otra vez. ¿Para qué armar lío si no hace falta? Y va el julay y saca una saña más negra que vuestras almas, y empieza a tirar papiros de los gordos, de quinientos y de mil créditos.

—¿No quieres unos billetes, mi alma? —me dice el condenado.

Palabra, amigos, que no me pude aguantar. Le di con la cabeza en los mismos gemelos, y era cosa de verse el tío doblado en dos, revolcándose por el suelo, y gritando como chollo al que degüellan. Verdad es que tengo la cabeza dura y que cogí carrerilla, y además le pegué con toda mi fuerza. Ya el tío en el suelo, me incliné educadamente (como sabéis, soy un tipo fino para ciertas cosas), agarré la cartera y los papiros, pues hubiera estado muy mal dejarla allí, y por si al tío tabla le parecía poco la lección, le desminché los pantalones con la filosa para que no pudiera seguirme.

—Si te me acercas a menos de diez metros, maricón —le dije—, chillaré que has querido violarme, y como te vea un hombre del espacio, ya puedes figurarte... con lo que les gustan los que son como tú.

Ni lo vi más, al muy imbécil. Bueno; para entonces, el escándalo en el barrio del astropuerto era algo fenomenal. Los gritos debían de oírse en la misma ciudad, y está a una legua. Había pilotos y navegantes como cubas por todas las esquinas y, al parecer, habían aterrizado dos naves de línea, porque un montón de militares, aviadores, y todo lo imaginable, andaba por allí, no sabiendo en qué gastarse los cuartos. En el fondo, son buenos chicos, incapaces de hacerle daño a casi nadie. De las tascas y tabernas, y de las casas de buen vivir, salía un barullo y un follón como si estuvieran matando a medio mundo. De ceras y bofias, ni

uno. Si aparecen por allí, los matan en menos que canta un ragnastor. Como de costumbre, había chicas a docenas. Alguna me daba un capirote cariñoso en la cabeza (tampoco son malas del todo) pero ninguna se metía conmigo. Ellas iban a lo suyo; a sacarles los créditos a los estudiantes o a los militares, o a enseñar pellejo en los escenarios...

Me fui a comer, y no hacía más que darle vueltas al asunto en la cabeza. ¿Cómo proteger a mi pobrecita Judalong? Estaba seguro de que como a las otras o como a los pobres novatos, la iban a laminar... y me daban unas ganas horribles de llorar cuando pensaba en eso, o si no de llorar, por lo menos de moler a alguien a coces. Fui al restaurante DERBYS, donde ya sabéis que me reservan mesa. El camarero, ese tío de color tabaco con los ojos torcidos, y que se llama Amalong Busilong o algo parecido, me hizo una reverencia... Claro, para eso le pago buenos créditos. Pero pensad en la escena, muchachos. Estaban las mesas llenas de militares y pilotos, algunos de ellos con tantos galones como mataduras un burro, y también había hasta un general, con estrellas como huevos fritos de grandes... y además, cola en la puerta. Y entro yo, con un calcetín de cada color, los pelos llenos de polvo, y el traje lleno de sietes, y me siento donde pone «Reservado». ¡El golpe, colegas!

Me puse hasta las narices de patatas fritas, y helado de vainilla y chocolate, y salchichas con mostaza, y huevos duros, que me gustan a rabiar. Los demás comían en plan fino: entremeses y filetes de carne con patatitas chicas, guisantes y zanahorias y esas tontadas, y también pescado con salsitas de colores, y algún anormal hasta comía sopa. Y un postre. Sólo un postre, los muy tontos. Yo me comí tres bocadillos de salchicha y siete postres, todo ello mojado con dos cervezas, que es lo que mejor va con la comida. Eructé a gusto, y pedí la cuenta.

—Sesenta y ocho créditos, honorable señor —dijo el Amalong Busilong, o como se llame el tío.

Me llama así, ¿sabéis?, porque se lo he dicho yo. La verdad es que se portó a modo, sirviéndome antes que a nadie, y poniéndome lo mejor. Hubo vez en que tenía tres camareros enchufándome cosas en la mesa, y los demás con un palmo de narices. Así que le eché sobre el mantel un papiro de mil créditos, y le dije, con displi... con... bueno, como si no tuviera importancia la cosa:

—Quédate el cambio.

A pesar de que al Amalong Busilong lo tengo mal acostumbrado, esta vez se quedó traspuesto propiamente, ¡animalico! En su vida había visto cosa igual. Salí de allí y una vieja llena de cristales y de luces de las buenas decía algo como que por qué no me paraban y de llamar a la pasma. Bueno; a la policía, decía ella. De manera que lo último que vi fue al Amalong Busilong tratando de convencerla de que estaba equivocada, que yo no era ningún maleante, sino que era un caso muy particular... Me reía de tal manera, que casi me muero.

Pero como no podía olvidar a Judalong, me tiré para la residencia, y entré en recepción. No estaba la bruja con bigotes, sino un par de ceras que me conocían bien. Les pregunté por el número de la chica, y les conté un cuento chino; o sea que un tipo quería telefonarle porque estaba enamorado de ella, y le daba vergüenza preguntarlo, y me había dado dos créditos y me hacían mucha falta porque llevaba tres días sin comer, y eché unos lagrimones. Uno de ellos no me creía, pero el otro, que era más joven y por tanto más tonto, me dijo el número de la habitación. De manera que solté una carcajada, me hice un par de cosas feas en su madre, y salí corriendo antes de que me alcanzara. La verdad es que tuve que correr bastante porque el gachó tenía buenas piernas, y menos mal que no me alcanzó. Menos mal para él, como podéis comprender, amados hermanos, porque si me alcanza, no lo cuenta.

Di la vuelta al edificio y llegué a la parte trasera, allí donde tuvieron el mal gusto de construir una colmena. Ha-